

Rosa María Romero Pérez.
Estudiante de Periodismo en Sevilla.

Pascua 2007: "Nadie tiene más amor"

La Línea de la Concepción (Cádiz), del 4 al 8 de abril.

La convivencia de la pasada Semana Santa ha sido para mí un acontecimiento inesperado que ha llenado de alegría y motivación mi vida por darme cuenta de que es cierto, "al ir se va llorando, llevando la semilla; mas al volver se viene cantando, trayendo las gavillas". No puedo menos que agradecer una vez y otra más al de arriba haberme llevado de la mano sin darme cuenta, sin quererlo, y haber puesto a personas que se han volcado conmigo, que han sido verdaderos instrumentos que han ido encajando las piezas para que yo pudiera ir a esa convivencia, para que no le diera más largas, para pararme en medio de mi expedición a la deriva por la vida, zarandearme y decirme: ¿pero no te das cuenta de que te quiero a ti, que te estoy buscando para dar forma al caos que hay dentro de ti, que si consigues darte cuenta de cuánto te quiero, entenderás que la vida sólo tiene sentido dándola por los demás? Pero qué difícil es comprender que no se trata de sentirte útil, porque entonces cabría plantearse si lo que estamos llamados a hacer lo hacemos buscándonos a nosotros mismos, por sentirnos bien o sentirnos útiles o si lo hacemos porque queremos creer, y en ello está puesta nuestra voluntad y nuestra esperanza, que Jesús está en cada una de las personas que nos rodean.

El primer día de Pascua, el miércoles, fue el día de las presentaciones, de llegar y situarse e intentar romper el hielo propio de cualquier comienzo de relación. Yo cuando me presentan a tan gran cantidad de gente creo que mi subconsciente me dice: Rosa, ni intentes quedarte con tantos nombres y colocarles ya las caras porque bien sabes tú que es bastante improbable que te acuerdes de alguno más allá de los tres o cuatro primeros y alguien que te llame la atención así espontáneamente. Así que ni lo intento. Llegamos por la tarde y, tras situarnos en las habitaciones nos reunimos en el salón comedor para presentarnos entre nosotros y conocer el proyecto en el que las personas encargadas de la organización de la convivencia llevaban tantas semanas trabajando, pensando en los que acudirían a la convivencia. Y es que basta con tener ganas de dejarse sorprender, voluntad de escuchar o, simplemente, fijarte un poco en qué era lo que movía a las personas que estaban allí trabajando para crear en nosotros esas ideas y esos sentimientos, para ya caer en la cuenta de que ¡no puede ser una coincidencia!. Porque a poco que confías, que dejas de tener miedo y abandonas el mando del carro de tu vida que crees poder controlar, en cuanto te dejas llevar un poco por aquello que inconscientemente o, muy conscientemente tal vez, sabes que es lo único que llena de luz tu vida, entonces empiezas a vislumbrar que tal vez no se trate de encontrarle el por qué

a todo lo que ocurre, sino el para qué; tal vez no se trate de esperar a esa persona que cambiará mi vida, ese acontecimiento que hará que todo de pronto tenga sentido, sino de apreciar lo afortunada que soy de tener a la gente que tengo alrededor, de estar estudiando la carrera que me gusta, de haber encontrado a personas que me han acogido y me han hecho sentir querida; para darme cuenta de que no soy yo quien mueve los hilos de mi vida ni los de la vida de nadie (y menos mal).

Tras esto cenamos y nos reunimos en el “pabellón”, en el que recibimos dos regalos: una carta de parte de Jesús en la que me pedía ser un instrumento para Él, entender que soy un “objeto” prestado para derramar sobre los demás todo el amor que Él ha demostrado por mí (ahí es nada). Y el segundo regalo era un nombre, el nombre de una de las personas con las que compartiría aquellos días y a quien tenía que intentar acercarme, conocer e interesarme, como señal de lo que, en realidad, tenía que intentar con todo el mundo. Ya desde el principio se nos invitaba a ir entrando en oración, a empezar a escuchar dentro de cada uno lo que iba sugiriendo cada texto que nos proponían, cada lectura que hacíamos, para lo que era conveniente silenciarnos y escuchar. Con estos dos regalos de presentación nos fuimos a la cama.

El jueves fue un día centrado en el Amor Fraternal, el día de la Institución de la Eucaristía y del Sacerdocio. Ya en la oración de la mañana quedó patente el significado de la entrega de Jesús: “tenía prisa el Amor en amar”. No es como yo que a cada uno le doy de mí lo que quiero o lo que me conviene, sino que es una entrega total y sin reservas, el abandono de sí mismo hasta el extremo. Y la consecuente reflexión: ¿te atreves a dar la vida? Porque para una elección libre y verdadera es imprescindible ser consciente de qué hay detrás de cada opción que se te plantea. Si llegara a creerme que detrás de la entrega de Jesús sólo hay un amor sin fin tal vez mi actitud ante la vida sería diferente, tal vez no sea que todos participamos de una gran broma cósmica, como algunos se empeñan en hacer creer a la gente.

Tras esto realizamos una actividad por grupos en la que se nos invitaba a pensar quién fue Jesús, quién es y quién será, de lo que destacaría la debilidad humana, la incapacidad para amar y, dejando a un lado la autocompasión, la fuerza de la voluntad, que puede vencer todos los obstáculos.

Después de comer estuvimos ensayando los cantos que realizaríamos por la tarde. No pierdo la ocasión para manifestar mi admiración por las voces que cantaron en la Pascua: ¡Qué maravilla! Tras el ensayo teníamos repartidos por la casa siete lugares en los que reflexionar sobre un tema en cada uno de ellos: sacerdocio, servicio, acogida, alianza, unidad, eucaristía y amor fraternal; cada uno de los rincones utilizados para esta actividad estaba decorado al detalle para recordar el tema que presentaba. Recordamos de esta forma “la visita a los sagrarios”, una antigua tradición que se realiza en la Iglesia el día del Jueves Santo que consiste en visitar siete sagrarios diferentes y rezar unas oraciones en cada uno de ellos. De los temas propuestos me hicieron reflexionar de manera

especial alianza, eucaristía y unidad. “Alianza” me interpela directamente porque implica correspondencia y un compromiso a pesar de mi inconstancia, es decir, un trato hecho a medida sin duda, que deja gran margen de movimiento a una de las partes, al ser humano, tanto para avanzar como para tropezar y caer y que se caracteriza por la amnesia en cuanto a cualquier ataque o negligencia por parte del ser humano, además de un amor infatigable que corresponde a Dios. “Eucaristía” me hizo pensar en la radicalidad de la entrega de Jesús y en que sí que es posible ese “Ama y haz lo que quieras” o, en versiones más recientes, “Ama. Siempre. Con todas tus fuerzas y déjate querer”. Sigo diciendo lo que decía entonces: si me lo creyese de verdad... Y “unidad” me hacía reflexionar sobre uno de los grandes problemas del ser humano que es la falta de comunicación que existe tanto a gran escala como a pequeña escala en nuestro mundo, comunicación que sólo se produce si quienes interactúan ponen empeño en ello. Si no es así no existe comunicación y se producen grandes malentendidos, conflictos y situaciones problemáticas que se evitarían si realmente **todos** quisieran comunicarse y, consecuentemente, conciliar posturas, llegar a un acuerdo.

Por la tarde llegó uno de los momentos que más me impactó de la convivencia: el lavatorio de los pies. Y no puedo menos que agradecer a las personas que pensaron en darle un nuevo sentido a este lavatorio ofreciendo la posibilidad no sólo de lavar los pies a los demás, sino también de ofrecerse, como el amigo orgulloso que nunca llama para pedir perdón pero que un día... es capaz de humillarse, reconocer que también él necesita a los demás, desterrar el miedo al rechazo, arriesgarse, en una palabra, a lo que los demás quieran hacer con él. Después tuvimos la celebración de la eucaristía, recordando la última cena de Jesús.

El día, como toda la Pascua, estuvo lleno de sorpresas: me sorprendió la música para despertarnos por la mañana, me sorprendió la decoración del comedor en el almuerzo y en la cena, me sorprendieron los detalles de cariño con gente que acababan de conocer, una verdadera lección de humanidad y cariño.

Por la noche tuvimos la “Cena del Cordero”. Cenamos al más puro estilo judío, todo estaba orientado a recordar la tradicional cena judía, tanto la decoración como el ritual que seguimos en el transcurso de la cena, haciendo, dentro de nuestras posibilidades, todo como viene explicado en la Biblia. Fue una cena muy particular sin duda en la que recreamos esos momentos de la vida judía.

Después de la cena nos volvimos a reunir en el pabellón para empezar a plantearnos qué significan para nosotros hoy algunos de los momentos más difíciles de la vida de Jesús, sus momentos de oración en el huerto de los olivos, el sentirse abandonado, traicionado y negado por los que Él consideraba sus amigos. Nos invitaban a ser capaces de compartir el sufrimiento de Jesús, a acompañarlo en esa noche en que iba a entregar su vida, porque la entregó él

voluntariamente, y ahí está lo que escapa a nuestra razón: que una persona elija perjudicarse a sí misma en beneficio de otros aun sin el apoyo y el reconocimiento de los demás. Todo esto nosotros lo simbolizamos bebiendo de tres copas: la de la amargura, la del miedo y la de la traición.

Tras esto nos organizamos para que la custodia con el cuerpo de Cristo que habían dejado en la capilla no se quedara sola en ningún momento de la noche, se nos invitaba a ofrecer algunas horas de sueño para acompañar a Jesús en su noche de sufrimiento. Y qué puedo decir que no dijera Él mismo: “¿No habéis podido velar unas horas conmigo?” Mientras estaba allí intentando no quedarme dormida esa frase no dejaba de pasearse por mi cabeza: pues ni una hora completa, Señor, pero al mismo tiempo digo también que tengo esperanzas de que algún día mi voluntad pueda con mi debilidad.

El viernes fue un día con gran cantidad de momentos significativos, de los que destacaría especialmente dos: la oración de las piedras de la mañana y la oración ante la cruz por la noche. Fue en estos momentos en los que entendí mejor el significado del Viernes Santo. Por la mañana hicimos la oración en la capilla donde estaba expuesto Jesús. A la entrada había una cajita llena de piedras de diferentes colores y tamaños. Cogimos una cada uno. Se trataba de plantearse qué sugería aquella piedra a nuestra vida en ese día: la veíamos como la piedra que nos hace tropezar o como la piedra gracias a la cual nuestra capacidad para levantarnos, reponernos y seguir adelante es puesta en tela de juicio e introduce así la posibilidad de un cambio en nuestra vida. La invitación a reflexionar sobre la piedra hizo nacer en mi cabeza una maraña de pensamientos que acabaría por compartir con todos en la oración de la noche. A lo largo del día realizamos también un “Via Crucis” que para nosotros fue un “Via Mundis” centrado en África, “África continente olvidado, África continente crucificado”, qué impresionantes estas frases, y cómo no puedes dejar de maravillarte cuando te cuentan la alegría que derrochan a pesar de no tener nada más que escasez de todo lo material, que no espiritual y tal vez en eso nos dan una gran lección. Es una verdadera llamada a ser una persona íntegra y coherente allí donde estés.

Desde el viernes por la mañana y hasta el sábado por la noche se nos invitó al silencio y al ayuno, siempre dentro de las posibilidades de cada uno.

Por la tarde tuvimos los oficios, la adoración de la cruz. Fue más tarde, en la oración de la noche tras la cena, cuando llegó uno de los momentos más importantes para mí. Teníamos que escribir en una hoja en la que aparecía ya escrito “Aquí yace...” quién había muerto para nosotros aquella tarde, quién era Jesús, qué significaba para nosotros esta muerte. Y así lo fuimos haciendo. También había una cruz para cada uno de nosotros.

Esta oración ante la cruz explicitaba muchas de las ideas que me estaban quemando por dentro y que llevaba desde el principio de la Pascua queriendo compartir pero que, llegado el momento, no era capaz de decir: “Recibe, Señor, mis ganas de aparentar”, “que nunca escuche la voz de la envidia”. Denunciada

era poco, era que sabía que tenía que hablar de una vez, que estaba luchando otra vez contra mí misma, otra vez voluntad frente a debilidad, pero esta vez lo conseguí. Pude compartir muchas de las cosas que estaba pensando, el enorme miedo a amar y no ser correspondida, la fuerte llamada al servicio, a no conformarme, a no quedarme callada, a ser semilla que muere para dar fruto. Pero todo esto conociendo y aceptando las propias limitaciones, siendo muy consciente de que cada día avanzo un paso y retrocedo tres.

El sábado debería haber sido un día muy marcado por el desierto, tiempo de alejamiento, soledad, reflexión, interiorización y yo, como no podía ser de otra manera, aproveché para charlar con varias personas. Fue en esta mañana y gracias a estas conversaciones, entre otras cosas, que comprendí algunos de mis pensamientos. Por una parte pensaba en la sociedad en la que vivo, en la tendencia de las personas a dejar lo que nos incomoda, lo que nos pone en evidencia, lo que, a fin de cuentas, hace que los demás nos conozcan, para otro momento. Esta comodidad que lleva al ser humano a sentirse muy desgraciado cuando pasan las oportunidades y las personas por delante sin posibilidad de atraparlas, de aprovecharlas o ser capaces de decirles cuánto las necesitamos ahora, en este momento. Aprender a valorar la preciosa oportunidad de seguir respirando ahora mismo, de estar con las personas con las que estás ahora compartiendo este momento, de hacer especial cada momento porque es el único que tenemos para hacer lo que queremos hacer. Yo decido en cada momento, en las pequeñas elecciones y también en las elecciones más importantes hacia donde voy dirigiendo mi vida, aunque no sea muy consciente de ello. Y entonces claro, si te lo crees de verdad dices: ah, ¿pero entonces no tengo que esperar a acabar la carrera, a tener novio, a comprarme el coche para sentirme...realizada, completa, feliz? Ah, que no se trata de eso,...Pues menos mal, quiero decir, que lo increíble y lo difícil también de todo esto es que tengo el momento presente para aprovecharlo al máximo. Porque no todo el mundo tiene la oportunidad o la voluntad para realizar hazañas impresionantes, pero sí de lograr pequeñas victorias en la cotidianidad de la vida diaria. Porque, como leí hace poco, "ir por carretera en automóvil, sin rueda de repuesto, y aguantar tres pinchazos, y tirarse al suelo una y otra vez a parchear las cámaras pinchadas, y hacer todo esto sin emitir blasfemias es religiosidad".

Por la tarde ya se empezaba a notar el ambiente de Pascua en el ensayo de los cantos y preparación de la Vigilia, en los que ya se nos fue explicando un poco en qué consistiría la celebración cumbre de la cristiandad y sin la cual ninguno de los que estábamos allí habríamos estado. Nada de lo que Jesús hizo hubiese valido para algo si no es porque tras la entrega total se manifiesta otra vez y superando todas las anteriores el AMOR, esto que como dije en la noche del viernes puede dar sentido a la vida, que te quema si no lo compartes, si no lo das de tan lleno que te encuentras. Llegó por fin la noche de la Pascua, la noche de la liberación, la noche de la esperanza, cuando podemos decir que sí

tiene sentido, sí vale la pena el esfuerzo y la espera. La Vigilia empezó con el lucernario en la playa y la bendición del fuego. Todos fuimos encendiendo nuestras velas con el fuego del cirio, que fue pasando de uno a otro. Fuimos cantando desde la playa hasta el salón, con las inevitables caras de: pero, ¿qué hacéis? de la gente que pasaba por allí. Una vez estuvimos en el salón comedor empezamos la liturgia de la Palabra. El pregón pascual que hicimos es el canto que se hace la noche de Pascua en las celebraciones de las comunidades neocatecumenales, que yo conozco por mi vinculación a este grupo y que es uno de los cantos que más me gusta de todos los que he escuchado en mi vida. De las nueve lecturas, si tuviera que destacar alguna sería la de Isaías que dice, más o menos: “por un instante te abandoné, en un arrebato de ira te escondí mi rostro, (...) pero con misericordia eterna te quiero”. Qué pedazo de declaración de amor.

La parte del bautismo y de la eucaristía fuimos a celebrarla al pabellón. La decoración allí estaba muy currada, es increíble cuánto se puede hacer con un poco de material y un mucho de ingenio. Simbolizamos la renovación de las promesas bautismales revistiéndonos con una túnica blanca y con el agua, y cada uno explicó por qué elige la “puerta estrecha”, por qué renuncia a lo fácil y cómodo y promete luchar por algo más, por algo que es capaz de sumergirse en la debilidad humana y logra superarla y vencerla y dar un nuevo sentido a la existencia, algo imposible para nosotros si no confiamos y nos abandonamos.

Tras esto celebramos continuamos con la celebración de la eucaristía, momento en el que tuvimos también la oportunidad de manifestar nuestra alegría, nuestro agradecimiento y compartirlo con todos en la acción de gracias.

Y cuando eran las cinco más o menos terminó la celebración. Pero no terminó la noche porque todavía había que ir a probar los churros con chocolate que habían preparado para nosotros. Y después de los churros ya sí que me fui a la cama. Por la mañana ya sólo quedaba recoger las habitaciones y despedirse de la gente, que Sevilla esperaba.

Y sólo me queda volver a agradecer, que esta Pascua se celebrara, al de arriba y a todos los que la han hecho posible y, especialmente, a los que han propiciado que yo participase en ella. Gracias a todos por abrir un espacio de reflexión con una gran dosis de cariño en medio de mi vida.